
Los Guardias en la Sierra

Manuel Chaves Nogales

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8666

Título: Los Guardias en la Sierra

Autor: Manuel Chaves Nogales

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de septiembre de 2025

Fecha de modificación: 9 de septiembre de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Guardias en la Sierra

El cuartelillo era demasiado pequeño; en él se alojaban cuatro guardias y un cabo con sus mujeres y sus hijuelos innumerables; había poco sitio y tenían que moverse como piojos en costura. Estas molestias mutuas provocaban frecuentes altercados entre las mujeres y los chicos. Los guardias eran hombres sensatos y dirimían entre sí estas querellas amistosamente y con estricta justicia; amonestaban gravemente a sus consortes cada vez que entre ellas estallaba la contienda por la posesión de un trozo de patizuelo o de un rincón de cocina, y se reiteraban recíprocamente sus palabras sensatas y cordiales.

Además, el campo era muy grande, y para el guardia, que, por defenderlo se esclaviza y afana, todo el campo es suyo. Así, pues, los hijos de los guardias salíanse gozosos del cuartelillo y gran parte del día estaban triscando libremente por las estribaciones de la sierra, o tendidos panza arriba al sol, en los prados.

La misión de los guardias era penosísima; se hallaban destacados en un rincón estratégico de Sierra Morena, y desde allí custodiaban una considerable extensión de terreno, ya que no contra las hazañas de los bandidos legendarios, contra las acometidas de los mineros hambrientos en tiempos de huelga y "lock-out", y contra los desmanes de los campesinos que, cuando se soliviantan, incendian las mieses y saquean las casas de labor.

Al poco tiempo de estar apartados del mundo, los alojados en el cuartelillo se habían hecho algo irritables, sobre todo las mujeres; aquella perdurable soledad provocaba en todos ellos un mutuo rencor, acrecentado cada día, que las mujeres

no se recataban en mostrarse, y que los hombres intentaban ahogar con las frecuentísimas apelaciones a la sensatez que unos a otros se hacían con curiosa insistencia. Lentamente, aquel aislamiento, aquella soledad, aquel enfrentarse a diario con la naturaleza bravía de la sierra, les había ido quitando y suprimiendo todos los artificios y convencionalismos que son precisos para hacer un guardia de un hombre libre. Volvían, pues, sin darse cuenta, al estado de naturaleza en el que todo yugo es ominoso y tiránica toda disciplina.

Una tarde, el guardia Pérez, que volvía sudoroso y aspeado de recorrer las carreteras polvorientas de la sierra bajo el agobio implacable del solazo andaluz, encontró a su mujer que lloraba lenta y calladamente en un rincón de la alcoba. Inquirió el guardia Pérez, y supo que su mujer había sido ofendida gravemente por la mujer del cabo González; tranquilizó como pudo a su compañera y fue en busca del cabo; ambos se reiteraron sus excusas con machacona insistencia, y se apretaron las manos fuertemente una vez y otra. Cuando volvió al lado de su mujer estuvo consolándola con su sobria elocuencia, mientras ella movía lentamente la cabeza. No pasó más.

Otra tarde, el guardia Pérez, al regreso de la correría, encontró a su hijita —una pitusilla tristonzuela, escrofulosa y blanca de linfa— con la cabeza entrapajada; junto a la frente, un poco de sangre cuajada sobre un mechoncillo de pelo rubiasco, casi albina, de la nena, hizo al guardia Pérez sentir que se le iba algo que debía ser el alma y hallarse frío, descarnado, mondo y lirondo, como si bajo el correaje y el peso del fusil no le hubiese quedado más que el esqueleto y un gusanillo roedor allá en los recovecos del cerebro. Ya esta vez la mujer no lloraba; estaba seca y tiesa junto a la pitusilla, con las pupilas encandiladas y los dedos engarabitados. Cuando el guardia Pérez quiso saber lo ocurrido, ella se limitó a decir: —"¿Para qué?, ¿Para qué?"

El cabo González, un poco embarazado, vino a contarlo todo. Los chicos eran tan traviosos..., hacían tantas diabluras..., la

mala suerte de aquella chiquilla..., él no había querido hacerle ningún daño...

Las convencionales explicaciones fueron aceptadas, y los dos hombres se abrazaron una vez más, nerviosamente, dándose cordiales palmaditas con las manos crispadas.

El guardia Pérez y su mujer se acostaron; ella estuvo callada largo rato, encerrada en un mutismo punzante; ya de madrugada lloró primero, y habló después susurrante, abatida, sugeridora. Cuando el alba se colaba por las juntas desiguales del ventanillo, los dos estaban febriles y se acariciaban heroicamente.

Un ahora más tarde el cabo González y el guardia Pérez salían de correría; varias veces hicieron alto en alguna fuente o algún ventorro para echar una copa y un cigarro sin cambiar palabra. Cuando ya el sol estaba en el cenit, se detuvieron en una altura y sacaron de las mochilas las frugales meriendas. Soplaban fuerte el viento, y la Sierra majestuosa infundía a los dos hombres su grandeza, su infinidad, su fuerza bravía, su libertad. Comieron sosegadamente; al final disputaron por un pretexto inverosímil; una hoja caída de un árbol, el rumbo del viento, el vuelo de un pájaro...

Vinieron a las manos, acometiéndose con alaridos de liberación; el cabo González llevaba las de perder, y volvió la espalda a su adversario, amenazándole: "Ya las pagarás, granuja; ya las pagarás". El guardia Pérez previó la delación, se echó el fusil a la cara y, rodilla en tierra, apuntó lentamente al fugitivo. En el momento oportuno la bala, entrando por la espalda, tumbó sobre las jaras al cabo González.

Se formó juicio sumarísimo, y el guardia Pérez fue muy justicieramente fusilado.

Manuel Chaves Nogales



Manuel Chaves Nogales (Sevilla, 7 de agosto de 1897 - Londres, 8 de mayo de 1944) fue un periodista y escritor español. Como periodista colaboró con numerosos diarios y dirigió también varias cabeceras. Destacó asimismo como autor de diversos libros de carácter biográfico y, sobre todo, crónicas y reportajes viajeros.

Desde muy joven, Manuel Chaves Nogales acompañaba a su

padre a la redacción del diario para el que trabajaba, lo que probablemente le indujo a elegir la carrera de periodista. Tras la prematura muerte de su padre, en el año 1914, Chaves Nogales comenzó a desarrollar diferentes encargos como periodista, al tiempo que concluía sus estudios de Filosofía y Letras. De este modo, a partir de 1918 ejerce como redactor de El Noticiero Sevillano y La Noche. En esta época, Chaves vive un periodo de gran desarrollo urbano y cultural, en su ciudad natal, donde surge con fuerza el regionalismo, y comienza la construcción de la Exposición Iberoamericana de 1929. En medio de este ambiente, Chaves publica en 1920 su primer libro, La ciudad, donde realiza una interesante narración sobre Sevilla y su idiosincrasia. En 1922, Chaves Nogales se traslada a Madrid, para proseguir con su carrera periodística. Allí comienza a trabajar en El Heraldo de Madrid -del que llegará a ser redactor jefe-, coincidiendo en la redacción con César González Ruano, así como en la revista Estampa. En 1927, Chaves gana el más prestigioso de los galardones del periodismo español, el Premio Mariano de Cavia, con el reportaje La llegada de Ruth Elder a Madrid, la primera mujer que cruzó en solitario el Atlántico en avión. Su interés por las nuevas conquistas de la aviación le lleva a embarcarse, el mismo, en una serie de viajes por Europa y la recién creada Unión Soviética, que recogerá en La vuelta al mundo en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja (1929). De este modo, Chaves comienza lo que puede considerarse como su tetralogía rusa. Tres obras a través de las cuales esboza la inmensa convulsión que supuso la revolución bolchevique. La segunda de estas obras es La bolchevique enamorada, una novela corta publicada en 1930, reeditada en 2015 por Espuela de Plata. El último título, y tal vez el más conmovedor, fue publicado en 1931 bajo el título de Lo que ha quedado del Imperio de los Zares. En este libro Chaves recoge cual ha sido el destino de los rusos blancos en el exilio. La sensación de paraíso perdido de todos aquellos príncipes, grandes duquesas que poblaban la corte de los zares, la vida miserable en pensiones y asilos de los grandes generales, y la distinta fortuna de empresarios, artistas

jerarcas de la iglesia ortodoxa Finalmente en 1934 publicará, El maestro Juan Martínez que estaba allí.

Con la llegada de la república, Manuel Chaves Nogales se convirtió en director Ahora, un diario republicano de centro izquierda, próximo al azañismo, que se encontraba entre los más importantes de España. Chaves Nogales, articuló toda una red de reporteros a escala internacional, y se desplazó el mismo por Europa para entrevistar a las grandes personalidades de aquel tiempo, desde Goebbels y Churchill a Chevalier y Chaplin. En 1935, publica su obra más famosa, Juan Belmonte, matador de toros, su vida y sus hazañas, considerado como uno de los mejores libros de tema taurinos que se han escrito. Al estallar la Guerra Civil, Manuel Chaves Nogales se puso al servicio de la República, de acuerdo con sus ideales democráticos y republicanos, lo cual dejó reflejado en numerosos artículos y editoriales. Sin embargo conforme va avanzando el conflicto, su situación personal y profesional se vuelve más complicada. El diario Ahora, que dirigía, es colectivizado, y él destituido como director, lo que finalmente le decide a abandonar la capital junto al gobierno, en noviembre de 1936. Se desconoce, si en algún momento regresa a Madrid, pero sin duda mantiene contacto con numerosos informadores civiles y militares, miembros de la Junta de Defensa de Madrid, lo que le permite escribir en 1938 una serie de crónicas periodísticas sobre la lucha contra el sitio de Madrid, y el papel del general Miaja, recopilados por Espuela de Plata en el libro La defensa de Madrid.